



María Soto

El ladrón de veranos



DESTINO

El ladrón de veranos

María
Soto

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1603

© María Soto, 2023

Autora representada por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: abril de 2023

ISBN: 978-84-233-6307-0

Depósito legal: B. 4.258-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Verano de 1935

Una noche irreal, estremecida y fabulosa como un cuento de hadas.

Así es como la recuerda Clara.

El temblor de las lámparas en el salón en fiesta, el vestido de gasa pintada de su madre, el perfume retozón del galán de noche insinuándose desde el jardín, y el mayordomo, un hombre mayor con el pelo blanco, prometiéndole que la llevaría a ver a los gatos si se terminaba el postre.

Clara conserva viva la impresión de verdor intenso del pequeño parque. Del roce del aire del verano sobre su piel. De la luna escabulléndose de las nubes e inventándose un camino de luz hasta los pies de la terraza de piedra blanca. Pero, sobre todo, guarda el recuerdo de las sombras. Más allá de los ventanales encendidos y las notas en sordina, de ronda entre las siluetas de los invitados, lo que recuerda es una noche más oscura y misteriosa, más invitadora, que cualquier historia mágica.

Y, sin embargo, era todo de verdad. No hay duda. Lo ha sabido nada más cruzar la verja de entrada, de repente, en un instante.

Es el mismo jardín. La misma casa.

Desciende los escalones, atenta a no mancharse los zapatos de satén plateado, y respira hondo, con el corazón tamborileando.

Hace un momento, nada más darse cuenta de dónde estaba, ha estrechado con fuerza la mano de su madre y ha querido susurrarle con voz rápida: «No sabía que fuera un sitio de verdad».

Pero su madre no podía comprender. Clara nunca le ha hablado antes de esos recuerdos.

No por nada. Sino porque no pensaba que fueran reales. Estaba segura de que no eran más que retales de algún sueño que se le había quedado prendido a la memoria a fuerza de repetírsele cuando era muy muy pequeña. Tenía que ser así, porque esas noches fabulosas forman parte de sus recuerdos desde siempre... Y ella no tiene más que once años cumplidos el pasado invierno.

Por eso encontrarse allí, esta noche, le resulta tan inverosímil como si hubiera saltado a pies juntillas al interior de cualquier ilustración de uno de sus libros de cuentos favoritos: el de Genoveva de Brabante o el de La reina de las nieves. Solo que su mundo de fábula no es ni una ciudad medieval ni un mundo blanco y helado, sino un jardín oscuro en el que los ojos de los gatos brillan escondidos entre los arriates. Animales imposibles y salvajes a los que hay que perseguir entre los túneles de enredadera para evitar que corran a refugiarse a la negrura de los árboles.

Gira sobre sí misma y levanta la vista a la terraza. Las puertas de cristal están abiertas a la noche, igual que entonces. Avanza unos pasos y rodea una enorme hortensia azul, tecleando con los dedos sobre las flores inmensas. Hay más episodios de su primera infancia que nunca ha sabido dónde situar; y ahora comprende que también pertenecen a ese lugar. Recuerdos breves y remotos, esplendurosos destellos de luz de verano que, tras iluminarlo todo un instante, desaparecen, asustados de su propia intensidad, igual que cuando en las salas en penumbra de los cines un fotograma se queda atrapado en el proyector, rom-

pe a arder y se consume en unos instantes, con un brusco fagonazo.

Imágenes temblorosas, bañadas de calidez, con un regusto indecible a alegría y a aventura y a secreto infantil.

Una ventana abierta sobre el mar desde lo más alto; el balcón de piedra blanca de su cuarto, al que acuden las palomas a picotear las migas del desayuno; una cama enorme, con dosel, desde la que tiene que saltar al suelo todas las mañanas; el ramo blanco de peonías que una mujer con manos de abuela consiente en bajar una y otra vez de la repisa de la chimenea para que ella las huela; y su madre, con su vestido de flores claras, asomada a la terraza del primer piso, como una princesa en su torreón, preguntándole si ha atrapado muchos gatos en el mismo tono de aliento que si los arriates de boj y las azaleas del jardín nocturno compusieran una selva impenetrable en la que solo las criaturas mágicas osaran adentrarse.

¿Cómo es que nunca se le ha ocurrido que el escenario de todo aquello fuera la casa del doctor Vidal? Más de una vez su madre le ha contado que, cuando ella tenía solo dos años y medio, pasaron unas vacaciones allí. Aún no habían comprado la casita en la que veranean ahora en familia, colina abajo, algo más cerca del puerto. Y su padre estaba muy ocupado. No había manera de arrancarle más de un par de días seguidos del hospital, así que el doctor Vidal, su jefe y antiguo maestro, que ya entonces era muy rico, muy respetado y tenía una mansión en lo alto de la ladera desde la que se dominaba toda la costa, las invitó a instalarse allí un par de semanas. Clara ha escuchado a su madre hablar más de una vez de aquel verano, pero nunca había relacionado sus palabras, que hablaban de cosas tan banales, con las fugaces imágenes llenas de luz vibrante que lleva guardando en un lugar secreto de su corazón todos estos años.

Es extraño. Ahora que sabe que el océano lejano e inaprensible que contemplaba desde la barandilla de piedra blanca hace tantos años es el mismo que en el que se baña en las tardes de playa, y que el mundo tembloroso de su jardín perdido ha estado siempre ahí, a su alcance, no tiene claro si se siente feliz o triste.

Pero no puede detenerse a averiguarlo. Es hora de volver al salón. Solo le han permitido salir un momento. Y con lo que le ha costado que la dejen asistir a esa cena no quiere que sus padres se enfaden. Así que no hay tiempo más que para un paseo rápido, para adentrarse un momento en la zona más frondosa del jardín y buscar los túneles vegetales bajo los que jugaba de pequeña.

Clara camina con mucho cuidado. No sabe si está recuperando el jardín mágico de sus sueños o perdiéndolo para siempre. Y tiene que mantener impecables los zapatos plateados. Pero no encuentra las galerías de hojas de sus recuerdos.

A lo mejor las han podado.

Entonces cae en la cuenta, desilusionada. No es eso. Es solo que ella ha crecido: los pasadizos misteriosos bajo los que se escabullía entonces ahora no son más que matorrales que apenas le llegan a la cintura.

Temiendo que la desilusión acabe por devorar del todo la sensación de maravilla, decide regresar al salón de una vez. No puede molestar a su madre durante la cena para explicarle lo que ha descubierto, pero mañana por la tarde, camino de la playa, se lo contará a Luca.

Aunque no tiene claro que su amigo lo entienda del todo.

Luca cree que es el que más sabe de los dos de las cosas de la vida, pero a la hora de la verdad siempre es ella quien tiene que enseñarle las más importantes.

De pronto, Clara siente un desagradable calor en las

mejillas. *Qué rabia... No ha pensado en Luca más que un momento, pero solo con eso ya se ha puesto colorada.*

A lo mejor mañana por la tarde se queda en casa, leyendo, y no baja a la playa, para no verle. Cada vez que se acuerda de que el muy tonto le ha dado un beso se muere de vergüenza y le entran unas ganas enormes de pegarle una paliza, por idiota.

Justo entonces ve dos lucecitas amarillas que la observan desde dentro de un arbusto.

Los ojos de un gato.

Y, sin más, porque es una buena forma de descargar el enojo que siente hacia Luca y porque eso era lo que hacía en sus recuerdos cuando era pequeña, echa a correr detrás de ellos, impetuosa, olvidándose de ir pendiente de no engancharse el vestido con las ramas. Pero en unas pocas zancadas el gato ha desaparecido. Se gira, buscándolo, y entonces tropieza con algo tirado en mitad de un arriate y se trastabilla.

Un zapato de hombre.

A la luz azulada de la luna parece un zapato nuevo, limpio y reluciente. ¿Quién puede haber dejado un zapato recién lustrado en mitad del jardín?

Se agacha a recogerlo y mira alrededor. Se encuentra en una especie de pasillo formado por dos setos tan altos como una persona mayor. No se escucha nada, más allá del murmullo de charla proveniente del interior de la casa.

Da dos pasos al frente. Y entonces lo ve.

Un hombre, tendido boca abajo. Viste traje oscuro y le falta un zapato.

Tiene la cabeza vuelta hacia el lado opuesto a donde ella se encuentra, pero Clara lo reconoce.

Porque en el brazo izquierdo, doblado hacía atrás en una posición forzada, lleva la pulsera de cuentas verdes y azules que ella misma le ha ayudado a colocarse en la muñeca hace unas horas.

El hombre no se mueve.

Asustada, gira la cabeza buscando ayuda y llama bajito. Tan bajito que es imposible que nadie la oiga. Aun así, cuando mira hacia arriba, ve como una silueta oscura se desprende de las demás sombras alargadas que deambulaban dentro de la casa y sale a la terraza recogiendo la falda. Su madre. Pero no puede haberla escuchado. Debe estar buscándola porque se ha hecho tarde y estarán sentándose a la mesa para cenar.

Clara la observa acercarse a la barandilla. Lleva un vestido de gasa floreada, como esa noche remota de hace casi diez años, en el sueño que ha resultado no ser un sueño. E igual que entonces la oye pronunciar su nombre, mitad llamada, mitad susurro, engañoso. Por un momento le parece que el jardín palpita, y el corazón le tiembla, inseguro de en qué edad y en qué mundo se encuentra realmente. Pero la brisa salada del verano le acaricia la piel de improviso, destemplándola y recordándole que está despierta.

Tiene que responder y pedir auxilio. Decirle a su madre que baje con ella a asistir a ese hombre que yace tendido, inmóvil y a oscuras, con un solo zapato.

Pero no es eso lo que hace. En lugar de pedir ayuda coge aire y da dos pasitos para acercarse al cuerpo caído en el suelo. Se agacha a su lado.

Silencio.

No se le oye respirar.

Acuclillada, ve de nuevo los ojos amarillos y vigilantes del gato, redondos y pérfidos. Ya no pertenecen a una fiera silvestre, sino a un espíritu burlón que se ríe, taimado, regodeándose en lo que Clara está a punto de descubrir.

El hombre del suelo tiene la cara contra el suelo. Lo llama por su nombre, muy bajito, y, como no hay respuesta, se atreve a acariciarle el hombro, el pelo. Al rozarle la

nunca nota algo extraño y repliega la mano antes de volver a palparlo. Es un surco largo y grueso como dos de sus dedos que le recorre el cuello, parecido a una huella de rodada sobre un camino embarrado.

Clara comprende.

La noche acaba de devorar de un bocado feroz los recuerdos de su infancia que convertían ese jardín en un lugar mágico.

Roberto Montenegro, el personaje del que toda la ciudad habla sin parar desde hace una semana, el hombre de mundo, apostador, tramposo y coleccionista de arte de orígenes inciertos, el aventurero que ha trastocado su vida y la de su familia en los últimos días —su amigo— está tendido a sus pies, muerto.

Una semana antes

Martes

Gabriel Caron no sabrá nunca por qué mintió. Nadie le obligó a hacerlo, ni tampoco ganaba nada con ello, más allá de una minúscula satisfacción de amor propio. Pero lo hizo. Y su mentira, irreflexiva e insignificante como fue, se convirtió en el disparador de todo lo que sucedió a continuación.

A mediados del mes de agosto el verano se agota despacioso, con una satisfecha monotonía de sol, playa y cenas tardías, confundiendo con otros veranos recientes. Entre los habituales de la Costa Florida ya ha empezado a correr la noticia de la llegada de Roberto Montenegro. Pero Gabriel aún no lo sabe.

Será de los últimos en enterarse. Aunque hará lo posible porque nadie se dé cuenta. Solo su hermana Emma llegará a mirarle con suspicacia un momento, pero enseguida disimulará, considerada y discreta, igual que siempre.

Gabriel ha llamado a su puerta a las doce y media, como suele hacer un par de veces por semana, entre julio y septiembre, desde hace años. Emma veranea con su marido León y con su hija en una casita encaramada a una de las calles en cuesta que suben desde el puerto de Trouville, cerca de la iglesia de la Virgen de las Victorias.

No es grande. Apenas puede considerarse una villa. Dos alturas y un desván. Una fachada blanca de mortero con traviesas de madera pintadas de azul celeste y un tejado de pizarra con voladizos. No tiene jardín. Pero tras la verja de entrada hay un pequeño patio donde, cuando su cuñado León está en casa, el ritual establece que ambos se acomoden un rato a compartir un trago de Calvados para abrir el apetito antes de sentarse a comer.

Esa mañana el sol brilla blanco y rabioso, resarciéndose después de una semana de lloviznas, y Gabriel se encuentra a León instalado en una de las sillas de mimbre, leyendo el periódico a la sombra del exuberante liquidámbar que todos los años los recibe, al inicio de julio, vestido de un verde descarado que va mudando poco a poco, hasta que a mediados de septiembre, cuando su hermana y su familia se despiden de la costa normanda, luce ya una atrevida y pinturera cabellera pelirroja.

Gabriel saluda al marido de su hermana con un apretón de manos y se deja caer a su lado, con el sombrero de paja entre los dedos. No es fácil lograr que su cuñado escape muchos días del hospital donde trabaja, ni siquiera en verano, pero nunca falta a mediados de agosto, cuando se aproximan la Semana Grande y el Gran Premio del Hipódromo.

León, sin embargo, no le cuenta nada.

Le habla del tiempo, que hasta ahora ha refrescado. De que el motoclub de Deauville quiere organizar una carrera urbana de bólidos para el verano siguiente. Y de Brantôme, el campeón de la cuadra del barón de Rothschild, que viene a correr el Gran Premio.

Pero ni una palabra sobre Roberto Montenegro.

Cierto es que a su cuñado León no le interesan los

ecos de sociedad, y aunque más tarde, durante la comida, confesará que algo había escuchado en el club de golf, lo más probable es que apenas prestase atención a lo que se hablara. O quizá considerase inadecuado sacar a colación la noticia por temor a ser inoportuno.

Cortés, reflexivo y templado, León Castel apenas ha cumplido los cuarenta, pero el pelo fino y rubio le clarea hace tiempo. Los ojos azules, escondidos tras sus lentes redondos, se le han empequeñecido con los años, y sus mejillas, sonrosadas por la brisa marina, comienzan a descolgarse un poco. No es un camarada de francachelas ni un cómplice a quien confesar andanzas inconvenientes, pero es un buen hombre, buen marido y buen padre, que a pesar de su impecable traje de lino conserva el mismo aire de ratón de biblioteca deslumbrado por el sol de los tiempos en que no era más que un joven doctor de provincias que cortejaba con timidez a su hermana Emma. El propio Gabriel, que tiene nueve años menos que él y por entonces no era más que un pipiolo, tuvo que darle un empujón para que se decidiera a declararse de una vez por todas.

Con los años, su cuñado ha ganado seguridad, pero sigue siendo un hombre de trato modesto y afable. Solo en su ambiente profesional —es un neumólogo de primera fila— se desenvuelve con un aplomo cargado de confianza.

—¡Tío! ¡Estoy aquí!

Gabriel alza la vista. Su sobrina Clara le saluda desde una de las ventanas del primer piso y, antes de que le dé tiempo a responder, desaparece de su vista. Sus pasos se escuchan escaleras abajo e irrumpe en la terraza, se abraza a su cuello, le planta un sonoro beso

en la mejilla y, sin más, se sienta a su lado, con las piernas en chinito.

Aunque ha estado casado, Gabriel no tiene hijos y mima a su sobrina todo lo que su hermana y su cuñado le permiten. Clara es una niña estupenda. No ha heredado ni pizca del carácter modoso de León. Es alegre y lista, una polvorilla capaz de parlotear durante horas y luego quedarse atenta y callada, pendiente de las conversaciones de los adultos sin dar muestras de aburrirse durante mucho más tiempo del razonable para sus once años.

Hoy apenas atiende a lo que hablan de refilón, distraída con el periódico de su padre, hasta que Gabriel se burla del enorme lazo amarillo que le han colocado en lo alto de la melena de color rubio oscuro y ella le saca la lengua, alborotada, e intenta arrebatarle el sombrero en venganza. Luego, sin transición, pregunta cuánto falta para sentarse a comer. Se está haciendo tarde y su amigo Luca, el hijo del sastre italiano, va a venir a buscarla a las dos para ir a la playa.

El pequeño Luca y su familia viven un par de calles más abajo, cerca del puerto pesquero de Trouville, aunque la sastrería familiar no atiende allí a su elegante clientela, sino en la otra orilla del río, en la ciudad de Deauville, donde se alojan los veraneantes de más relumbrón y los precios pueden inflarse con desfachatez, de modo que los ingresos de la temporada estival permitan capear airosamente los mortecinos meses de invierno.

Separadas tan solo por un puente, a un brevísimo paseo a pie, Trouville y Deauville son dos vecinas recelosas obligadas a convivir a la fuerza.

La coqueta Trouville, puerto de pesca medieval, refugio de escritores y pintores románticos, con sus ca-

llejuelas empinadas, sus colinas verdes, su muelle y sus traineras, fue durante largos años la favorita de aristócratas y hombres de negocios que se daban cita en su casino, sus hoteles de lujo o sus baños de mar. Hasta que Deauville, surgida de la nada hace solo unas décadas en la orilla izquierda del río, hija de la especulación y las altas influencias, con sus calles rectilíneas trazadas sobre plano donde antes no había sino terrenos pantanosos, su hipódromo, su golf y su campo de polo, le robó la primacía. Y la vieja Trouville, pintoresca pero discreta y elegante, se vio desbancada por aquella estrella ascendente de la vida social, una nueva rica a la que cortejan los pretendientes más granados, pero en torno a la cual rondan de igual modo los aventureros y los vendedores de humo.

Forzadas a compartir estación de tren, como dos elegantes resignadas a utilizar los servicios de la misma costurera, las dos grandes damas de la costa normanda pasan los días de sol vigilándose esquinadas. Ambas viven con intensidad el verano y dormitan medio desiertas durante los meses de invierno, cuando marquesas, millonarios, actrices y ases del deporte desaparecen y ellas se quedan sin más distracción que las conversaciones diarias con las aguas frías y grises del canal de la Mancha.

Gabriel también regenta un pequeño negocio en Deauville, cerca de la sastrería del padre de Luca. La mayor parte del año vive en Rouen, donde tiene su estudio de fotografía, pero en verano deja el establecimiento a cargo de un ayudante y se instala en la costa, aprovechando el flujo de visitantes acomodados dispuestos a pagar precios disparatados por un retrato frente al mar.

El cuarto donde revela las películas está en los ba-

jos de un edificio cercano a la plaza del mercado, y él se aloja en la primera planta, en un pequeño apartamento. El trabajo se lo toma con relajo. Su propósito no es obtener grandes beneficios. Le basta con sacar lo suficiente para pasar dos o tres meses de felices semivacaciones sin incurrir en gastos.

Hace solo cuatro años que ideó esa fórmula de aunar ocio y negocio, poco después de que su hermana y Léon compraran su casa de verano, aunque su primera visita a la ciudad fue hace ya casi tres lustros, y fue, precisamente, junto a Roberto Montenegro. Un verano novelesco e inagotable, con el diploma de fin de estudios en el bolsillo y todo el futuro por delante.

Pero en ese momento, sentado a la sombra del liquidámbar, entre su cuñado y su sobrina, apurando su copa de Calvados, ni se le pasa por la cabeza el recuerdo de su viejo amigo. No se ha acordado de él en siglos. O solo vagamente. Desde luego, no se acuerda de él ahora, mientras defiende a Clara ante su padre, que la riñe por su impaciencia: aguardan a una invitada a comer y tendrá que esperar; igual que tendrá que hacer su amigo Luca cuando venga a buscarla.

Léon y Emma han intentado que su hija trabe mayor amistad con las niñas de su círculo de veraneantes. Sin éxito. Clara es muy sociable y juega con ellas en la playa o en el paseo, acude a sus meriendas y las invita a su vez a casa de cuando en cuando; pero su camarada inseparable sigue siendo ese rapaz de pantalones bombachos e impecables chaquetas deportivas cortadas en la sastrería paterna que, invariablemente, aparecen con botones de menos o desgarros en las coderas a los pocos días.

Clara calla, obediente, aunque su mohín contrariado deja bien claro lo injusto que le parece que sea Luca

quien tenga que pagar la impuntualidad ajena. Afortunadamente, la invitada que aguardan no se hace esperar, y en pocos minutos se encuentran los cinco instalados a la mesa.

Dora Vernon es una inglesa rellenita con las mejillas encendidas y los labios siempre pintados de rojo vivo que pasará por poco los cuarenta. Viuda de un primer marido y divorciada del segundo, sin hijos, deportista, organizadora incansable de subastas y funciones de caridad, se desplaza casi siempre en bicicleta, y va y viene sin parar durante todo el día sobre las planchas de la playa para cumplir con sus múltiples compromisos.

Emma la conoció el verano pasado en el Lawn-Tennis de Deauville y casi de inmediato la inglesa se erigió en su amiga íntima, envolviendo, por extensión, a toda su familia con una dulzura protectora un tanto empalagosa. A Gabriel lo que más le cansa es que tiene una opinión sobre todo y sobre todos. Con la misma determinación imparte lecciones sobre la educación de los perros de aguas que sobre las sonatas de Mozart, aconseja a una amiga que abandone a su marido o deje sin pagar una factura cuantiosa. Y su hermana, que no concibe que otros puedan alardear de conocimientos que no poseen, se deja aleccionar por ella.

Hoy acaban de servir el segundo plato cuando Dora Vernon entrecruza los dedos bajo la barbilla:

—Por cierto, no os he contado de qué hablaba todo el mundo esta mañana. En el paseo de las Tablas he escuchado el mismo nombre mil veces. Parece ser que hoy esperan en el hotel Royal a un tal Roberto Montenegro. Ya ha llegado su equipaje. El nombre no me decía nada, al principio. Pero enseguida me he infor-

mado de quién es. ¡Menudo personaje de novela! Desde luego, los devotos del casino van a tener que estar bien alerta a partir de hoy...

Gabriel devuelve a la mesa la copa que iba a llevarse a los labios, sin beber. Sin duda, la inglesa se ha enterado mal. O ha confundido los nombres. Porque sus palabras no tienen sentido. Da igual que hayan sido claras y sonoras.

Quizá sea porque, por bien que creamos recordar nuestra vida pasada, en realidad no conservamos de ella más que unas pocas instantáneas, un puñado de escenas y caras que guardamos en álbumes ordenados en la memoria. Álbumes que solemos ojear de cuando en cuando y que conocemos al dedillo. Constituyen un relato mal hilvanado en el que abundan las hojas en blanco, pero es un relato coherente, con sus propios hitos, sus protagonistas y sus leyendas. Sabemos perfectamente qué página y qué esquina ocupan cada una de las imágenes que lo componen, qué amigos y familiares aparecen en ellas y qué momento evocan.

Pero con sus palabras, Dora Vernon acaba de relocalar, inesperadamente y sin pedirle permiso, una de las viejas imágenes del manoseado álbum de fotos de su pasado, amarillenta y cuarteada, entre las instantáneas de su vida actual.

El efecto es tan desconcertante que, allí sentado a la mesa de su hermana, ese mediodía de agosto, Gabriel se siente de pronto en un terreno incierto y casi ilusorio, igual que cuando, durante una visita, un pariente lejano extrae de una vieja caja de galletas una fotografía de nuestra infancia que no hemos visto nunca y nos invade la extrañeza de encontrarnos cara a cara con una vida que no recordamos haber vivido pero debe ser forzosamente la nuestra.

Emma reacciona más rápido:

—¿Roberto está aquí? Madre mía, ¿cuánto tiempo hace que no le vemos, Gabriel? Más de doce años seguro. Desde antes de mi boda...

—¿No te lo conté, Emma? —pregunta León—. El otro día, cuando estaba en el Golf con el doctor Vidal, escuché algo al respecto en el bar. Creí que te lo había dicho...

Dora Vernon sonrío, melosa. A Gabriel le parece que tiene la coquetería inoportuna de las mujeres que nunca han sido bellas y con la edad adquieren un atrevimiento extemporáneo para compensar el tiempo perdido; y que a veces revolotea demasiado en torno a León:

—Disculpadme, pero no sé si hablamos de la misma persona. El Montenegro del que se hace lenguas todo Deauville es un aristócrata sevillano. Un tipo un tanto misterioso y con una, digamos, ambigua reputación. Una especie de Arsenio Lupin del sur. ¿Seguro que es el mismo que vosotros conocéis?

Léon sacude la cabeza:

—No, no, yo no lo conozco. Es un viejo amigo de Emma y Gabriel.

—¿Quién es ese Arsenio Lupin del sur, mamá? —interrumpe una vocecita cargada de impaciencia—. ¿Es amigo tuyo de verdad?

Clara mira a su madre con los ojos como platos, entre maravillada e incrédula ante la posibilidad de que exista un Arsenio Lupin de carne y hueso y, más aún, de que su propia madre goce de su amistad.

Todos sonrían. Arsenio Lupin, ladrón de guante blanco y caballero, ingenioso y galante, prestidigitador, experto en artes marciales y hombre de ciencia. Es el héroe de las mil caras que protagoniza las famosas

novelas de Maurice Leblanc. Un héroe que lo mismo desvalija a los pasajeros de un trasatlántico rumbo a Nueva York que asiste a la cena del embajador de Inglaterra o vacía de obras de arte el castillo de un avaro millonario mientras se escurre alegremente de entre las manos de la policía. Clara conoce de memoria cada una de sus rocambolescas aventuras y colecciona todos los volúmenes de sus historias. El último, publicado hace apenas un mes, ya lo tiene desgastado de leerlo y releerlo. Incluso ha conseguido que la lleven tres veces a ver la película rodada en Hollywood que protagoniza John Barrymore, aunque el actor es muy viejo y no se parece en nada al Lupin que ella imaginaba, y siempre sale de la sala de cine quejándose.

Es normal que al oír hablar de la aparición de un sosia de carne y hueso de su admirado bandido de fantasía se haya olvidado por completo de la norma que sus padres le han impuesto para concederle, ese verano por primera vez, permiso para sentarse a comer con ellos todos los días, incluso cuando haya invitados: no le está permitido intervenir en las conversaciones de los adultos a no ser que alguno se dirija a ella directamente.

Gabriel tampoco tiene muy claro cómo reaccionar.

Sí, por supuesto, él también ha leído su nombre en la prensa en los últimos años. Pero cuando lo ha hecho no le ha parecido más que un simple puñado de letras impresas, irreal como un relato de ficción, sin conexión con su propia vida. Nada que ver con el desconcierto de escuchar a una persona de carne y hueso, sentada a su lado, hablar de Roberto Montenegro, el estudiante de medias caídas, flaco y fantasioso que él recuerda, como de un intrépido y chispeante malhechor de folletín. La posibilidad de que el hombre que

llega esa tarde al Royal, uno de los dos grandes hoteles de lujo de Deauville, precedido por su novelesca reputación sea la misma persona que su viejo compañero de pupitre le resulta más fantástica que cualquiera de las aventuras del famoso Arsenio Lupin con el que la prensa popular, ávida de héroes y malvados, suele compararlo.

Su cuñado también se ha reído un momento, pero hace por retomar su papel de educador rápidamente. Mira severo a su hija y, con un dedo acusador, señala el tenedor que la niña empuña en la izquierda, olvidado, con los dientes apuntando hacia el techo.

—Pero, papá...

—Clara...

La niña calla, resignada, y pincha otro trozo de carne con fiereza vengativa. Dora Vernon sonrío e inclina la cabeza con expresión afectuosa:

—No la regañes, León. Es normal que tenga curiosidad. Ese Montenegro debe ser un hombre con una vida cautivadora. Al parecer, su primer gran golpe, no está claro si de suerte o de tahúr, fue en el casino de Biarritz. Logró arrebatarse a uno de esos rusos blancos, un príncipe de algo, una auténtica fortuna y, sobre todo, un lienzo valiosísimo de ese pintor del Renacimiento o del Barroco, no sé, que retrataba a toda la gente alargada y con cara triste. ¿Sabéis quién os digo?

Todas las cabezas se giran hacia Gabriel.

—¿El Greco? —pregunta. Una parte de sí mismo escucha ávida las palabras de Dora Vernon, atenta a cualquier detalle, pero hay otra distraída por un cosquilleo candente que le remueve el pecho, como de burbujas en ebullición. Un recuerdo de ilusiones apagadas y viejos sentimientos de traición.

—Ese mismo. —Dora acaricia la mejilla de Clara

y la niña arruga los labios, recurriendo a toda su fuerza de voluntad para no esquivar la carantoña de la inglesa—. Parece que se encaprichó del cuadro, sin más. Aunque llevaba siglos en posesión de la familia del príncipe ruso. El pobre hombre había logrado escapar con bien de la revolución bolchevique y esa noche fue su ruina. Además, parece que Montenegro está implicado en la desaparición y misteriosa reaparición de varias obras maestras. Al parecer, su galería no es más que una tapadera... Desde luego, a poco agraciado que sea, no me extraña que levante pasiones femeninas...

Parpadea igual que una adolescente coqueta y su sonrisa azucarada recorre la mesa hasta acabar posándose, como si tras un breve vuelo hubiera alcanzado por fin su destino, en los ojos de León, a pesar de que su cuñado ha dejado claro que no conoce a Montenegro. Inmediatamente inclina la cabeza y su voz se convierte en un arrullo:

—Qué casualidad tan increíble que seáis amigos. Tenéis que contármelo todo. ¿Cómo es que no sabíais que venía a pasar unos días a Deauville?

—Hace siglos que dejamos de tener contacto —replica Emma—. No hemos sabido de él desde que dejó de escribir a casa. Tú tampoco tenías noticia, ¿verdad, Gabriel?

Está claro que solo le interroga porque le resulta raro verle tan callado. Emma sabe mejor que nadie que él no mantiene relación ninguna con Roberto Montenegro. Conoce de sobra la respuesta a su pregunta. Y, obviamente, no espera que conteste como lo hace.

Él tampoco.

De hecho, Gabriel es el primero que se queda sorprendido cuando rompe el silencio defensivo que

guarda contra esa entrometida, contra los recuerdos y el tiempo desordenado, y se escucha responder, con el mismo descuido negligente que si no hubiese reparado hasta ese momento en que la información podría interesarle a su hermana:

—Bueno, sí, en realidad, sí... Me llegó un telegrama a principios de semana. Él mismo me lo mandó. No sé cómo habrá conseguido mi dirección ni cómo habrá averiguado que tengo aquí un estudio. Decía que llegaba en un par de días y que me avisaría en cuanto estuviera instalado. Que tenía muchas ganas de que volviéramos a vernos. —Siente la necesidad de justificar su silencio y añade—: No te dije nada para darte la sorpresa cuando llegara el momento.

Lo que acaba de hacer es una estupidez y Gabriel lo sabe. Él no miente nunca. O casi nunca. Si acaso, a los fisgones que meten las narices de forma grosera donde no les corresponde. O para eludir un compromiso inoportuno con educación. Como mucho, deja escapar algún embuste piadoso para alegrarle el día a alguien, ocasionalmente. Nada más.

Y aun así, acaba de mentir ahora mismo. De la manera más gratuita.

Probablemente, los días por venir habrían sido muy distintos sin esa mentira. Si Gabriel hubiese admitido lo que Emma ya sabe: que no ha intercambiado ni una palabra con Roberto Montenegro desde hace trece años. Entonces, quizá, a lo largo de la siguiente semana, habría llegado a ver a su viejo compañero de lejos, circulando en su coche de lujo por la Terraza, o se lo habría cruzado saliendo de madrugada del casino. Pero este ni siquiera le habría reconocido después de tanto tiempo. No habrían llegado a cruzar palabra y todo habría quedado en una incómoda charla de so-

bremesa en casa de su hermana; en el relato de un par de anécdotas del pasado.

Nada más.

Pero ha mentido. De un modo fútil e innecesario. Y ni siquiera está seguro de por qué lo ha hecho.

Lo cierto es que Roberto Montenegro jamás habría podido avisarle de su llegada, porque no tiene forma de saber que él también se encuentra en Deauville, a apenas cuarenta kilómetros pero a un mundo entero de distancia de la aldea en la que ambos pasaron la adolescencia trazando futuros llenos de viajes y aventuras, miseria y fortuna, mujeres misteriosas y desamores, y en los que siempre triunfaba, sobre todo y todos, su amistad, sólida e inquebrantable como la de las novelas.

Para haber podido anunciarle lo que fuera, Montenegro habría tenido que saber algo de él.

Que se gana la vida haciendo fotografías, por ejemplo, tal y como ambicionaba cuando era un crío, aunque los clichés que revela en su negocio situado bajo el Gran Reloj de Rouen no los toma en África, ni en Arabia, ni tampoco en Extremo Oriente, sino allí mismo, en un estudio decorado con pesadas cortinas de damasco, telones que simulan jardines ficticios y columnas de papel maché. Y sus modelos no son exóticos héroes, sino recién casados de la burguesía local, niños envueltos en mantillas de encaje o disfrazados de marinero y mocitas casaderas que quieren enviarle un recuerdo a su prometido, que cumple el servicio militar lejos de allí. O que de vez en cuando publica crónicas de la opaca vida social de la capital normanda en el provinciano *Journal de Rouen*, pero nunca llegó a escribir para el *Bulletin de la Société Géographique de Paris*, ni para las páginas del *Journal des Voyages*, relatan-

do sus encuentros con peligrosos indígenas del Amazonas o con caníbales del Congo, como había planeado.

No. El Roberto Montenegro que está a punto de instalarse en el hotel Royal, ataviado con su sugestiva reputación de truhan de vodevil no sabe nada de eso. De modo que no ha podido enviarle telegrama alguno ni ponerse en contacto con él de ningún otro modo. Lo más probable es que haya olvidado por completo lo que significó aquel lugar para ambos hace tanto tiempo. Y, se confiesa avergonzado, eso le humilla y le enfada de una forma irracional.

Por eso ha mentido, sacudido por un impulso idiota que ahora le incita a seguir defendiendo sus palabras, como los malos embusteros:

—La verdad es que es asombroso que supiera que iba a encontrarme aquí y que haya dado con mi dirección, tendré que preguntarle cómo lo ha hecho.

—Entonces, ¿sois muy amigos, tío?

Los ojos dorados de Clara brillan de admiración hacia el desconocido y misterioso extranjero y hacia su tío Gabriel, que tiene el privilegio de recibir telegramas de semejante personaje.

Y ya no hay más tema de conversación hasta el final del almuerzo. A los postres, Dora Vernon sigue haciendo preguntas y compartiendo rumores: al parecer, el misterioso señor Montenegro trae un potro a correr el premio Morny, el próximo domingo, y cuando termine la Semana Grande, tiene planeado viajar a Beirut —el mismísimo Habib Pachá le ha invitado a su residencia— y, desde allí, realizar un largo tour por Siria, Palestina y Líbano. Emma recuerda las singulares noticias que llevaron por primera vez el nombre de Roberto a las páginas de la prensa hace tres o cuatro

años y cavila sobre cuánto tendrán de verdad y cuánto de exageración. Clara interrumpe sin parar y León, que escucha en silencio, parece haber olvidado las normas de urbanidad que le han impuesto a la niña para sentarse a la mesa de los adultos.

Gabriel tampoco habla mucho. Emma le invita de cuando en cuando a que relate alguna anécdota de los años que compartieron los tres en la escuela o a que complete cierta historia que ella no vivió de primera mano, pero él responde invariablemente que no se acuerda bien. Ha transcurrido mucho tiempo. Y las deja hablar. A pesar de que sigue mintiendo. Por supuesto que se acuerda. Se acuerda con detalle de todos y cada uno de los episodios que cuenta su hermana.

Se acuerda de todo.

Pero un resabio áspero le aja los recuerdos, intoxicándolos y trayéndole a la garganta un sabor desapacible: el insidioso sentimiento de que, años atrás, Roberto Montenegro le robó la vida que le correspondía vivir a él y que ahora, desde un pasado lejano y olvidado, reaparece sin aviso para colarse en su existencia y restregarle la usurpación en la cara.